

**Misa de la Santa Cena del Señor
Catedral de Chillán, 2 de abril de 2026**

“Les doy un mandamiento nuevo: Ámense los unos a los otros, como Yo los he amado” (Jn 13,34).

Hemos repetido estas palabras de Jesús antes de la proclamación del Evangelio, pues nos muestran cuál es el sentido de la Cena del Señor que estamos celebrando, cuando Jesús dejó a sus discípulos un rito como recuerdo vivo de su entrega por nosotros. Cada misa, cada eucaristía, es hacer actual la pasión, muerte y resurrección del Señor, el misterio de su Pascua, que se condensa en unos signos y en unas palabras que lo hacen presente realmente. Y su presencia viva perdura en las especies eucarísticas que adoramos.

La entrega de Jesús es el criterio o medida del amor que Él espera de nosotros. Se trata de amar como él nos amó. Esto es, su sacrificio en la cruz sin reservas por amor a nosotros. Somos testigos que el amor verdadero conlleva sacrificarse por las personas amadas: cuántos padres y madres de familia viven esa calidad de amor; cuántos maridos y esposas que mutuamente se sacrifican el uno por el otro, también. Y así tantos otros.

Por eso, la entrega de Jesús en la cruz se vincula con el rito sacrificial de la Pascua judía. Pascua significa en hebreo “salto o paso” y recuerda que las casas de los israelitas fueron saltadas, liberadas, del castigo que el ángel exterminador profería en todo Egipto: mataba a los primogénitos de todas las familias, pero saltó las casas de los israelitas, dejándolas incólumes. ¿Por qué? Porque sus puertas estaban marcadas con la sangre del cordero sacrificado esa noche en honor del Señor. En efecto, la fiesta de Pascua recuerda la gran liberación de Israel y el ritual rememora que aquel día hubo que cenar de prisa, porque había que apresurarse a salir del país, aprovechando la gran conmoción que se produjo en todo Egipto a causa de la muerte de los primogénitos. Fue la décima plaga que remeció al empedernido faraón, quien finalmente dejó partir a los hijos de Israel.

La medida del amor que ha usado Jesús con todos nosotros es el amor sin medida, pues se ha dado a sí mismo sin reservas, sin condiciones, sin limitaciones, para salvar a todos, a todos. Si la Pascua judía es el salto que libera de la esclavitud y da nueva vida al pueblo elegido; la Pascua de Cristo es el salto que perdona todos los pecados y da vida eterna al nuevo pueblo elegido, sin que nadie quede excluido de él. Basta acoger su misericordia, incluso por medios que solo son conocidos por Dios.

San Pablo nos narra la institución de la Eucaristía, trasmitiéndonos las palabras de la consagración que decimos en cada misa que, a su vez, él había recibido de la Iglesia primitiva: “El Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó el pan, dio gracias, lo partió y dijo: Esto es mi Cuerpo, que se entrega por ustedes. Hagan esto en memoria mía” (1Co 11,23-24).

Con estos gestos y palabras tocamos a Jesús casi con la mano, entrando de algún modo en el cenáculo de Jerusalén, con María santísima y los apóstoles. Por eso, ciertamente, la

Eucaristía merece gran respeto y atención por los detalles. Para nosotros es lo más precioso. Y lo que más debemos cuidar es su sentido.

En efecto, el apóstol Pablo trasmite las palabras de la institución, para reprender a la comunidad de Corinto porque sus “asambleas eucarísticas”, sus misas, no son congruentes con la Cena del Señor, sobre todo porque había diferencias entre los ricos y los pobres que participaban en ellas. Sobre todo, reprocha la insensibilidad de los que traían muchas cosas para comer después de la Eucaristía respecto de los que no podían traer nada. De hecho, no compartían entre ellos. A san Pablo le repugna actitud porque contradice el sentido más genuino de la Eucaristía, al punto que afirma sin ambages: “Cuando se reúnen, lo que menos hacen es comer la Cena del Señor” (1Co 11,20).

Los vasos sagrados pueden ser de oro y las vestiduras de seda; los cantos de ángeles y la predicación de oro, pero si la Eucaristía no se celebra en un ambiente de caridad y si de ella no brota el amor y servicio de unos por otros y de todos por los demás, comenzando por los más pobres y excluidos, estamos muy lejos de la Cena del Señor.

Es precisamente este el énfasis que en el Evangelio de san Juan se da a la narración de la Última Cena, describiendo el gesto del lavatorio de los pies, que realizaremos en unos momentos más. Jesús hace las veces del siervo en ese banquete y lava los pies de sus discípulos, para mostrarles el sentido de la Eucaristía y del ministerio sacerdotal: el servicio desinteresado y humilde. Lo dice claramente:

“¿Comprenden lo que acabo de hacer con ustedes? Ustedes me llaman Maestro y Señor, y tienen razón, porque lo soy. Si Yo, que soy el Señor y el Maestro, les he lavado los pies, ustedes también deben lavarse los pies unos a otros. Les he dado el ejemplo, para que hagan lo mismo que Yo hice con ustedes” (Jn 13,12-15).

El amor más elevado es siempre servicio: “Les doy un mandamiento nuevo: Ámense los unos a los otros, como Yo los he amado” (Jn 13,34).

Amén.

+ Andrés Gabriel Ferrada Moreira
Arzobispo-Obispo de Chillán